

# EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.



Los artículos contenidos en este número son propiedad.

**SUMARIO** *Revista de Madrid*, por D.<sup>a</sup> Carolina Sorel.—*Crítica literaria*, por D. Luis de Eguilaz.—*El Pudor* (poesia), por D.<sup>a</sup> Antonia Díaz de Lamarque.—*La ciencia del corazon* (conclusion), por D.<sup>a</sup> Joaquina G. Balmaseda.—*Teatros*, por D. Diego de Rivera.—*Modas*, por D.<sup>a</sup> Aurora Perez Miron.—**LÁMINAS**: *Figurin*, núm. 812.—*Grabado de Modas*.

## REVISTA DE MADRID.

**F**RESCA y perfumada como las auras de Abril, fragante y suave como el aroma de las flores de primavera debería ser esta Revista, si acertásemos á pintaros, queridas lectoras, con sus verdaderos colores la hermosa estacion que viene á ofrecernos con encantadora alegría las primeras hojas de los árboles, los primeros botones de las flores, las primeras telas de Primavera.

*Primavera, gioventu dell' anno.*

Así la llamaba el célebre poeta Metastasio. ¡Qué bella es la Primavera! Qué bella es la juventud!

Abril, delicioso mes, que nos trae con sus lilas la esperanza y el buen tiempo, ha inaugurado este año su reinado con las solemnidades de Pascua. La nueva estacion ha principiado con una de las festividades religiosas mas gratas á la madre de familia.

Las primeras flores que hemos cogido han sido para engalanar los altares, y adornar las puras frentes de las niñas que celebraban su primera comunión.

¡Cómo rebosa de inefable placer el corazon de una madre al ver acercarse á su hija por primera vez á recibir el pan Eucarístico! ¡Con qué satisfaccion la contempla vestida con el sencillo y característico traje que adoptan ya sin excepcion para esta ceremonia todas las familias acomodadas!

Ved á la niña con su vestidito de tafetan blanco, que sirve de viso á otro de muselina clarín. El cuerpo del de muselina, fruncido por delante desde

el talle hasta los hombros, no tiene mangas, quedando descubiertas por consiguiente las del de tafetan, que son estrechas. La falda va guarnecida por cuatro órdenes de jaretitas, de los que el último se coloca en el bajo, orillado de un rizado de tafetan. Encajes estrechos adornan las bocamangas y hombros, formando en éstos un lazo. Un cuellecito de encaje sirve de gola, con valona flotante sobre el pecho. El cinturon y la limosnera que pende de él, son de tafetan: el libro de oraciones que lleva en la mano de terciopelo, blanco tambien. Velo de tul, y guante blanco, son el complemento de este traje.

Al ver su elegante sencillez bien quisiéramos hacer repetir á la dichosa madre de aquella niña, pensando en su porvenir, las palabras que Mr. Sardou en su comedia contra el lujo, titulada *La familia Benoiton*, pone en boca de otra mujer:

«Sencillos adornos de mi primera juventud, ¿dónde estais? Diez varas de muselina, tres de cinta, una flor en la cabeza, y el fresco sonrosado que presta á un rostro de quince años el placer del primer baile, bastaban en mi tiempo para hacer encantadora á una jóven. Las madres ingratas que debieron su colocacion á tan modestos atavíos, los encuentran hoy insuficientes para sus hijas. Oh, muselina santa, vírgen del tocador, salva á nuestras jóvenecillas que se ahogan hoy en un mar de encajes.»

Pero la mamá representada en el figurin (número 812), de donde hemos tomado este traje, no viste con tanta modestia, aunque sí lleva uno que en nada desdice de los deberes de una señora de estado.



Su vestido de grós de París, morado, de forma Emperatriz, figura abierto de alto á bajo, cerrando sobre el lado izquierdo con una tira de terciopelo morado, guarnecida de una guipure negra, puesta lisa: al lado derecho lleva una hilera de botones de terciopelo: la falda, cortada completamente al biés, termina en un plegado ancho de terciopelo, y encima de éste una guipure negra. El cuerpo es alto por detrás, escotado en cuadro por delante, con un cuello estrecho de terciopelo morado, pegado á los dos lados del escote. La manga es lisa, y está guarnecida de un terciopelo morado en el puño, y un rizado de lo mismo en la hombrera. El cinturón es de terciopelo.

El sombrero que acompaña á este traje es de forma María Estuard con el ala de terciopelo morado, y el fondo flojo de tul blanco, lo mismo que el bavolet que va orillado de un biés de terciopelo: tres hojas pequeñas de terciopelo morado van puestas entre el tul del fondo. El interior del ala va guarnecido de un retorcido compuesto de tul de seda blanco, y terciopelitos morados: una rama de hojas de hiedra, hechas de terciopelo, nace al lado izquierdo del ala, y vuelve por detrás del sombrero. Bidas de seda y velo de tul blanco le completan. Un chal largo de cachemir sirve de abrigo á este traje de entre-tiempo.

La esplicacion de estos dos trajes ha ocupado la mayor parte del espacio que teníamos destinado para este artículo. ¿Pero acaso la Moda de actualidad está fuera de su lugar en una Revista de Madrid, escrita espresamente para señoras?

Nuestra mision, amables lectoras, es seguiros por todas partes. Os hemos acompañado á los salones mientras cual astros resplandecientes los iluminabais con vuestras galas deslumbradoras: hoy que despojándoos de los pesados abrigos vais á revolotear por el campo, como ligeras y blancas mariposas, tambien seguiremos vuestros pasos.

Entretanto vosotras para prepararos á los sencillos placeres de la estacion próxima, os mostrais ávidas de disfrutar los pocos que quedan ya de la que concluye. Algunos salones os han dado sus reuniones de despedida: los teatros os ofrecen á porfia en los beneficios de sus actores funciones escogidas, y el acreditado maestro señor Barbieri deliciosos ratos en los conciertos vespertinos que dirige en el lindo circo del Príncipe Alfonso.

Duélenos el peligro que habeis corrido de morir asfixiadas en estas agradables funciones musicales por el humo de los cigarros. Este abuso hizo exclamar á un caballero que se sentaba á nuestro lado: ¿Proverbial galantería española, dónde te has ido?

No lejos y casi enfrente del local donde tienen lugar estos conciertos, se verificó en la tarde del sábado 21 una solemnidad de grande importancia para las letras y las artes. Nos referimos á la inauguracion de las obras del magnifico palacio que se va á levantar en el mismo paseo de Recoletos, en el sitio que ocupaba la Escuela de Veterinaria, con destino á la Biblioteca y Museos Nacionales.

El solar estaba cercado de una empalizada cubierta con un lienzo encarnado y amarillo. En los ángulos y en el centro se elevaban mástiles con banderas y gallardetes, enlazados por guirnaldas de flores, y en los pedestales se destacaban escudos con las armas de España.

A la derecha de la zanja donde se ha colocado la primera piedra se hallaba una marquesita para descanso: á la izquierda habia otra con el mismo objeto, y á su lado banquetas de terciopelo, que ocupaban el cuerpo diplomático, autoridades de Madrid, comisiones del Senado y del Congreso, y de las Academias y Corporaciones científicas que habian sido invitadas. Entre estas dos tiendas de campaña se alzaba un pequeño tablado, con dosel y sillones destinados á la Real familia.

La caja, que contenia el acta de esta ceremonia, un ejemplar de la *Gaceta y Diario de Avisos*, correspondientes á aquel día, y diferentes monedas de este año, encerrada en otra de plomo, fué colocada en un hueco destinado al efecto entre los cimientos, y cubierta con la primera piedra, sobre la que S. M. la Reina y su augusto hijo el Príncipe de Asturias pusieron una capa de argamasa con una paleta de oro con mango de marfil, que con los demas utensilios necesarios, delicadamente trabajados, habian sido conducidos allí en una bandeja de plata.

Una deliciosa tarde de primavera contribuyó á dar mayor brillo á este acto: la concurrencia de convidados era tan distinguida como numerosa, é inmensa la que ocupaba los alrededores del solar y palacios inmediatos. La Reina llevaba vestido de seda blanco con listas negras, guarnecido de guipures negros, con abrigo, y sombrilla de los mismos colores y sombrero blanco: la infanta Isabel vestido blanco, de túnica abierta, adornada de encajes negros; las demas señoras lucian trajes de un gusto esquisito.

Las personas mas notables de la capital han asistido á esta solemne ceremonia, y en este concepto no podia menos de tener la belleza una numerosa representacion en ella. Dicho se está, pues, que una reunion donde preside la beldad y la elegancia ha de ser necesariamente una festividad de la Moda.

CAROLINA SOREL.



## LITERATURA.

## CRÍTICA LITERARIA.

## EL CAUDILLO DE LOS CIENTO,

novela en verso, por DON ANTONIO ARNAO.

## I.

Osadía y grande se necesita para hablar de un libro que ya ha juzgado el primero de nuestros críticos; pero si bien creo, parodiando un dicho de Alejandro Dumas, «que cuando habla Hartzenbusch no es á Eguilaz á quien hay que oír,» por esta vez han de perdonarme las lectoras y el sábio poeta que ha dirigido la edicion del *Quijote* de Argamasilla, que tambien los coristas cantan en las óperas en que lanzan sus mas preciadas notas Mario y Tamberlik, y no porque las águilas remonten mucho el vuelo, dejan de volar las humildes golondrinas.

Nunca ha hecho profesion de crítico el que escribe estas líneas, y á excepcion de un prólogo puesto al frente de *Las Baladas españolas*, de Barrantes, y de dos artículos críticos con el intento de dar á conocer *El libro de los cantares*, de Antonio Trueba, y la *Clemencia*, de Fernan Caballero, obras ambas que sin razon estaban pasando desapercibidas, nada ha impreso pretendiendo enseñar, porque bien sabe que aún tiene mucho que aprender. Autor dramático soy, y á mis comedias me atengo, que en el teatro me encuentro más á mis anchas que en las columnas de los periódicos, y nunca invadiera terrenos en que por precision he de hallarme como gallina en corral ajeno, si una de mis comedias, y por cierto la primera de las mías que el público vió, no me estuviera gritando á voces que estoy obligado desde el año de gracia de mil ochocientos cincuenta y tres á decir cuatro palabras á ese mismo público acerca de las obras del reputado poeta Antonio Arnao, y que hoy que ha escrito la mejor de las suyas, me corre esta obligacion con mucho mas motivo que cuando vieron la luz pública *Himnos y quejas*, *Melancolías* y *Ecos del Táder*, y *D. Rodrigo* y *La Campaña de Africa*, premiadas por la Academia de la Lengua. Como pocos de los que hayan visto ó leído aquella mi primera comedia que lleva por título *Verdades amargas*, recordarán el hecho á que me refiero, no me parece fuera de propósito, antes de entrar en materia, explicar el motivo en que se funda esta obligacion contraiada.

## II.

Allá por los años cincuenta y uno, y asistiendo al aula de Derecho Romano que esplicaba el venerable catedrático señor Novar, se sentaba á mi lado para oír sus lecciones un jóven murciano que, como yo, acababa de llegar á Madrid con el objeto de estudiar Jurisprudencia. Hoy, D. Juan Mo-

rote, que así se llamaba el estudiante mi compañero, está investido del sagrado carácter de sacerdote y yo escribo comedias; es decir, que ninguno de los dos hemos realizado nuestro intento de vestir la toga, y que aunque otra cosa parezca en vista de la diversidad de los medios, ambos dirijimos nuestros esfuerzos á lograr un mismo fin. Jóvenes entonces el actual cura de San Antonio de Cádiz y el que escribe estas líneas, pronto se hicieron amigos; y los pocos que cada cual tenia, en breve espacio lo fueron del otro; cabiéndome á mí la fortuna de que entre los de Morote se contase un estudiante de Leyes, su paisano, que acababa de publicar un libro de poesías titulado *Himnos y quejas*.

Yo, la verdad sea dicha, malditas las ganas que tenía de ser abogado, y más pensaba en Alarcon y Lope que en Heinneccio y Ortolan: para decirlo de una vez, había venido á la corte con el pretexto de estudiar Leyes, pero con el propósito deliberado de emplear cuanto ingenio pudiera haber en mí en el cultivo de las letras escénicas. Sentado este precedente, escusado es decir si fué hallazgo para mí la amistad de un poeta, y de un poeta que andaba ya por esos mundos en letras de molde, pues aunque yo había ya gozado el sin igual placer de verme impreso, me encontraba en estado de comprender la diferencia que existia entre un libro publicado en Madrid y algunos versos que sólo podian conocer los pocos lectores de *El Jerezano*, único periódico que veia la luz en Jerez de la Frontera por el tiempo en que dejé aquella hermosa ciudad, soñando con hallar en la corte un porvenir de color de rosa.

Trabé, pues, íntima amistad con Antonio Arnao, que luego me hizo conocer á algunos otros jóvenes escritores, y al cabo de pocos dias, el pobre cuarto de la casa de huéspedes de la calle Ancha de San Bernardo, que el poeta murciano compartia con Pepe Marin Baldo, hoy arquitecto bien conocido por su magnífico proyecto de monumento á Colon, fué erigido por nosotros en Liceo, donde con lecturas y pláticas literarias fortificábamos nuestro amor á las letras en union de Antonio de Trueba, Diego Luque, Carlos Pravia, Vicente Barrantes, Agustin Bonnat, Antonio Hernandez Amores y Pepe Castro y Serrano, cada uno de los cuales, segun la feliz expresion de este último, tenía en el cajon de su mesa una reputacion inédita. ¡Venturoso tiempo aquel en que las esperanzas no se habian convertido en realidades! Feliz colonia de poetas y artistas engrosada más tarde con Eduardo Gasset y Artime, Carlos de Ochoa, Rafael Santisteban y Juan Antonio Manresa, y con German y Victor Hernandez, Domingo Valdivieso, Antonio Perez Rubio y Cecilio Pizarro, en la que ninguno de sus miembros pensaba más que en estudiar para adquirir un nombre, ya con la pluma, ya con los pinceles! Hoy, aunque algunos de ellos han ilustrado el suyo en las letras y en las artes, luchan otros en el estéril campo de la política, mientras dos más afortunados, Bonnat y Manresa, gozan de eterna ventura en el cielo. Perdona, lectora, si arrastrado por estos hermosos recuerdos de los albores de mi ju-



ventud, parece que no llego nunca á decirte, por qué me corre obligacion de escribir un artículo acerca de *El Caudillo de los ciento*.

### III.

Era Arnao apasionado frenético de la poesía lírica, y yo que veía la indiferencia con que el público la miraba, hacia cuantos esfuerzos me eran dables para aficionarlo á la dramática, á la que sonreía un porvenir lisonjero. Acababa de abrirse el Teatro Español, merced á la iniciativa de D. Antonio Benavides, secundada más tarde por el Conde de San Luis; y cualquiera creeria hallarse en los tiempos del rey poeta, al ver el entusiasmo que por la escena pátria sentían gobernantes y gobernados. El más importante acontecimiento político, quedaba oscurecido por el estreno de una comedia, y más se cuidaba la gente de lo que por boca de Latorre, Guzman ó Romea le dirían en el teatro del Príncipe, Hartzenbusch ó Rubí, que de lo que en el Parlamento pudieran decir Olózaga, Valdegamas, ó el inolvidable Martínez de la Rosa. No era extraño, pues, que yo tratara de asociar á mi amigo á aquella buena fortuna, aunque si lo parecerá que teniendo él felices disposiciones para cultivar el por entonces tan mimado género de literatura, sintiese un miedo invencible ante la idea de que sus versos se habian de pronunciar en un teatro, y que sólo pensara en los silbidos, cuando yo no pensaba más que en los aplausos.

Escribia yo por entonces *Verdades amargas*, y ansioso de quitar á Arnao aquel terror, en mi juicio pueril, que le dominaba, quise, sin que él lo supiese, hacer oír versos suyos al público, para convencerle de que el riesgo que en ello pudiera haber, no era tan grande como él creía, á cuyo efecto encontré modo de que uno de mis personajes empuzase el acto segundo leyendo estos cuatro, cuya inmensa amargura me hallo ahora por desgracia en estado de comprender:

¡Ay! amores de la tierra  
son mentira y humo vano:  
quien en ella los perdiere,  
vaya en el cielo á buscarlos.

No era posible en la representacion decir que no eran del autor de la comedia, pero cuidadoso de no engalanarme con plumas ajenas, puse en el ejemplar impreso la siguiente nota: «Estos cuatro versos pertenecen á la lindísima balada *El alma de Cecilia*, del señor D. Antonio Arnao, uno de los jóvenes poetas líricos que más días de gloria han de dar á la literatura española.» Y hé aquí porqué habiéndome metido á profeta en el año 53, tengo necesidad de hacerme crítico en el de 66, para demostrar que no soy de la raza de Mahoma. ¿Por qué habiendo dado Arnao á la estampa durante ese período cinco obras, dos de ellas premiadas por el que debe ser el primer cuerpo literario del país, he aguardado hasta hoy para decir: «Ven Vds. lo que yo les decia? Porque yo no adulo nunca, y ménos á mis amigos, y por más que en sus obras anteriores encontrára mucho digno de aplauso, ni el género á que pertenecían me agradaba por completo, ni creía que hubiera cumplido aún el destino que

con la intuicion de los pocos años tuve la osadía de profetizarle. Bellos libros son los que al principio de este artículo dejo citados; pero el verdadero día de gloria que ha dado Arnao á la patria literatura ha sido aquel en que lanzó al público *El Caudillo de los ciento*. Dejemos añejas memorias que á nadie más que á mí y á mis amigos pueden interesar, y vamos á la obra nueva que el señor Durán ha puesto á la venta en su librería de la Carrera de San Jerónimo.

### IV.

Ya en la portada empieza la novedad. Novela en verso llama Arnao á su libro, y á excepcion de otra escrita del mismo modo por Larrañaga, es el único ejemplar de este género que en España puede citarse, pues si bien los bibliógrafos registran algun otro en los índices, lo que es el público, y aún me atreveré á asegurar, que los poetas no se han apercibido de ello. ¿Es un defecto ó una belleza que una novela esté metrificada? En prosa se escriben todas, y á nadie le ha ocurrido hasta ahora echar de menos la medida y los consonantes; pero tambien en casi todos los países se escriben en prosa las comedias, y á nadie le ha ocurrido tampoco que estén demás los versos en el teatro español, antes bien uno de sus mayores méritos estriba en la gala de sus romances y en el raudal de poesía y profundas sentencias que nuestros grandes poetas vertieron en sus décimas y redondillas. ¿Concurren á un mismo fin la comedia y la novela? A un mismo fin concurren y géneros hermanos son.

Pues si nada pierde de su belleza un asunto dramático, sino que antes bien se engalana con nuevas precesas al vestirse los versos, ¿qué ha de perder uno novelesco porque en metros se escriba, si los metros son buenos? Ganar debe, en mi juicio, como gana el dramático; y esta mi opinion es la misma del público que ha devorado ediciones y ediciones de *Margarita la Tornera*, y *A buen juez mejor testigo*, de nuestro gran Zorrilla, que no son otra cosa que novelas en verso, por más que su eminente autor las bautice con el nombre de *Leyendas*. Novelas son los romances históricos del gran Duque de Rivas (gran Duque por las letras, no por la soberanía de un estadillo); novelas son, como observa Hartzenbusch, los romances históricos; y por cierto que no empequeñecen sus asuntos la asonancia, sino que antes bien los hace mayores, dándoles ese rancio colorido de nacionalidad que los hará confundirse en la sublime masa de nuestro romancero. De ese inmenso arsenal literario coleccionado por nuestro ilustre D. Agustin Durán, saca todas sus armas la literatura verdaderamente española. ¿Por qué la novela, cuando quiera tener carácter nacional, no ha de buscar en él una armadura que vestirse?

Novela llama Arnao á su última obra: leyenda la llamarán algunos por intervenir en ella el elemento maravilloso, ya que no por la forma en que ha sido vaciada: cuestion de nombre es, pero obsérvese que Walter Scott, el Rey de la novela moderna, llama novela á *El Monasterio*, no obstante ser una de sus principales figuras la dama blanca de Abernel, fantástico personaje á quien por cierto el gran novelista inglés hace siempre hablar en verso.

(Se concluirá.)

LUIS DE EGUILAZ.



## EL PUDOR.

En diltados cuadros  
De plantas escogidas  
Una con raro hechizo  
Entre las otras brilla.

No erguidos tallos muestra  
De airosa gallardía,  
Ni ricas de colores  
Frescas guirnalda brinda.

Mas vésela por siempre  
Severa, aunque benigna,  
De los lascivos éuros  
Desdeñar las caricias.

Y si sus verdes ramas  
Ó sus flores sencillas  
Tal vez ansiosa anhela  
Cortar mano atrevida;

Pliega al punto sus hojas  
Temblando, y conmovida  
Antes que hollada, muerta  
En el polvo se inclina.

La *mimosa* por esto  
Acaso la apellidan,  
Mas es su bello nombre  
La dulce *sensitiva*.

De almo pudor en ella  
La imágen se divisa;  
Del pudor, virtud santa  
Que el corazon cautiva.

Y entre las flores todas,  
Aun cuando no por linda,  
Por tímida y suave  
Aplausos mil conquista.

Mil veces venturosas  
Las jóvenes sencillas,  
Que en su benigno pecho  
Santo pudor abrigan.

El de la bella acrece  
Las gracias peregrinas,  
Y poderoso encanto  
Al par á todas brinda.

Que mas que por hermosa  
La bondadosa niña,  
Por tímida y suave  
De aplausos se hace digna.

ANTONIA DIAZ DE LAMARQUE.



## LA CIENCIA DEL CORAZON.

(CONCLUSION.)

La hija de Mr. Vidalin no se habia engañado al reconocer en la joven loca á su compañera de colegio, conocida allí por el nombre de Eloisa; tampoco se habia engañado al afirmar que habia perdido la razon, á consecuencia de una injusticia cometida con ella á propósito de la distribucion de premios.

Ahora bien, desde la salida del colegio, que su compañera la habia perdido de vista, la joven habia vivido en casa de su tio, habiéndose agravado poco á poco su afeccion mental. Lo que primero parecieron caprichos se convirtieron en escentricidades, y por fin en un estravío completo de la razon.

Entonces los dos Vanneau, padre é hijo, se alarmaron seriamente, porque ya abrigaban el proyecto de rehabilitar su fortuna por medio del casamiento de la joven; y aunque en su enfermedad vieron un obstáculo trataron de salvarle: no era posible que así renunciáran á su última esperanza.

Para conseguir ambos fines, el de curarla y el de evitar que en la sociedad se vendiese á sí misma, la colocaron como pensionista, y con las precauciones que ya conocemos, en la casa de Salud de San Dionisio. Para desorientar completamente y hacerla perder de vista, cambiaron su verdadero nombre de Eloisa en el de Ernestina.

Hé aquí probado ya como no habia mas que una persona de las tres que aparecian: la loca del núm. 16, la colegiala Eloisa y Ernestina Vanneau, eran una misma persona.

Solo el doctor Fontenay estaba en el secreto, y era el encargado de llevarla con las mayores precauciones á casa de su familia, para que estos la hiciesen parecer en el mundo, y ante su prometido esposo: el doctor, pues, iba á buscarla á su cuarto, y la sacaba por la puertecita escusada del jardin.

Los Vanneau, temiendo siempre que la joven revelase el estado en que se hallaba, le formaban como hemos visto una muralla con su vigilancia, que á nadie permitia acercarse. No la permitian bailar mas que una sola vez con Monsieur Delgrave, con el cual apelaban á otros medios para ocultarle el estado en que se encontraba la que á toda costa querian hacer esposa suya.

Lo que no me esplico es por qué Ernestina no habia dicho al doctor á quien amaba, yo soy sobrina de Mr. de Vanneau, á quien habeis visto en un baile y en un paseo. Es que los locos reunen el poco juicio de que disponen para ser discretos; por esto ocultan casi con terror su nombre, y por esto Ernestina ocultaba el suyo.

Aclarado todo esto se comprende el terror que los Vanneau experimentaron, cuando despues de informarse de quién era el que tan imprudentemente habia querido bailar la primera vez con la joven, averiguaron que era médico de la casa de Salud en que ella se encontraba. Su desaliento fué tal, que intentaron desembarazarse de él, haciéndole volver á su pais.



Júzguese de su cólera por la accion de Mr. de Vanneau, que dió por resultado la provocacion del duelo que ya conocemos.

## XVIII.

Algunas horas despues de la conversacion que tuvimos el doctor Miranda y yo, es decir, como á las ocho de la mañana, dos personas que no consintieron en decir su nombre, pidieron ver al doctor Fontenay. Pasó éste al salon á verlos, y en breve fué llamado á la conferencia el doctor Miranda. Hé aquí lo que pasó en esta entrevista.

Debo decir ante todo, que las dos personas estrañas eran el banquero Vanneau y su hijo; su presencia allí asombró á Mr. Miranda, que habia quedado en enviarles sus testigos.

Éstos le hablaron con cordialidad, y apelaron á su lealtad para que les dijese el motivo que habia tenido para no retirarse del piano cuando se le rogó.

—Eso es precisamente lo que diré á mis testigos: en cuanto á vos, caballero, creí encontraros en otro terreno muy distinto.

Padre é hijo cambiaron una mirada de inteligencia, y el primero exclamó:

—Aun no habeis dicho nada á vuestros testigos?

—Nada, pero se lo diré todo: les explicaré las causas de esa obstinacion que os sorprende; para eso les he llamado, y á ellos creí encontrar al bajar aquí.

Tal fué la respuesta seca y digna del doctor Miranda. El padre de su contrario exclamó:

—Caballero, puesto que el asunto no se ha divulgado, y ni uno ni otro ha desmerecido ante el mundo para exigir una reparacion, ¿consentís en renunciar á ese duelo?

El aire que tomó el doctor Miranda, fué de tan exagerada sorpresa, que previno la respuesta siguiente:

—Hé oido mal?

—Creo que no.

—Me pedís que renuncie al duelo pendiente con vuestro hijo?

—Sí.

—Sin duda, caballero, no habeis consultado la voluntad de vuestro hijo.

—Os equivocais, dijo éste; estamos enteramente de acuerdo.

—Quería dudarle.

—Pues bien, ahora que ya no lo dudais, renunciareis á ese duelo?

El doctor Miranda le contempló sonriendo desdeñosamente, lo que en verdad valia todo una negativa.

—Además, si mi hijo se disculpase con vos.

—Disculparse! exclamó Miranda cada vez mas estupefacto.

—Sí señor, mi hijo consentirá en cuanto vos querais.

—No acepto ninguna excusa, replicó Miranda, como el hombre que trata de salir cuanto antes de una posicion comprometida.

No adivinaba qué razones tendria su adversario, pero no era seguramente cobardía lo que así le obligaba á hablar.

—No admito disculpas, repitió el doctor Miranda, nos batiremos.

—Sí, por Dios, nos batiremos! dijo enérgicamente su contrario con un ardor bélico que contrastaba con su reciente peticion.

—Es todo lo que deseo!

—Y yo tambien!

Mr. de Vanneau aprobó el arranque noble de su hijo, y despues con una resignacion, que tenia mucho de violenta, exclamó:

—Se batirá, caballero, pero puesto que á nosotros no nos confiais el motivo de vuestra obstinacion cuando se os rogó que dejaseis de tocar, no se lo reveleis á vuestros testigos, y motivad un pretexto cualquiera; la vivacidad y la irreflexion, tan natural en la edad de ambos, pueden ser causa bastante, sin buscar otros hechos, que no tienen la menor relacion.....

Estas últimas frases de Mr. Vanneau, confusas, oscuras, abrieron una perspectiva infinita á los ojos de Mr. Miranda; ellas despertaron todas sus sospechas; ellas le confirmaron en la idea de que un lazo indisoluble unia á aquellos seres con la mujer que amaba, que ambos estaban siendo víctimas de su astucia, y solo buscaba ya el motivo que tenian para querer destruir todo cuanto habia hecho. ¿Qué interés podian tener en ello? no podia explicárselo; pero como el hombre que juega el todo por el todo, exclamó:

—Ciertamente, yo podria dar á mis testigos, como deseais, una razon supuesta, ocultando las otras.

—Qué otras? exclamaron involuntariamente padre é hijo, olvidándose de que ellos habian establecido aquella diferencia.

Es que sus ideas estaban confundidas, es que su reputacion, su honor dependia de las revelaciones que el doctor Miranda hiciera á sus testigos, y éstos se encargarían de publicar luego; y publicada la locura de la jóven, era imposible el matrimonio, é inevitable por lo tanto su ruina.

—Cuáles son esas causas, me preguntais; os las diré, aunque las conoceis tan bien como yo.

Hubo un instante de pausa, durante el cual todos respiraban dificilmente.

—Existe en esta casa, exclamó el doctor Miranda, una jóven loca, colocada aquí por orden vuestra.

Mr. de Fontenay, interrumpiendo bruscamente á su compañero, le llevó aparte y murmuró:

—¡Ni una palabra mas, ó sois perdido! Habeis dejado correr el tiempo que os fijaron para dejar la Francia; los Vanneau no lo han olvidado.

—Ah! han sido ellos.

—Sí, al venir aquí, se han hecho acompañar por agentes de la policia, que os harán cumplir á la fuerza vuestro viaje: teneis su secreto, ellos tienen el vuestro, y no consentirán que vuestra revelacion les aniquile, impidiendo el matrimonio proyectado.

—Con qué son ellos? son ellos, exclamó el doctor Miranda fuera de sí, los que han pretendido esta orden de expulsion?

—Ya veis que vuestra suerte está en sus manos, aceptad sus disculpas.

—Jamás!



—Insistís en batiros?

—Más que nunca!

—Enhorabuena, pero prometedles no hacer revelación ninguna: yo se lo diré en vuestro nombre.

—Detenéos: no acepto tal compromiso.

—Entonces; presumo que vuestro arresto es inevitable.

Para hacer llegar á su colmo la inquietud de esta escena, llegó un enfermero á noticiar á Mr Fontenay que el cuarto núm. 16 estaba abierto y vacío.

Las cuatro personas allí reunidas se miraron con desconfianza y terror.

Las miradas acusadoras de padre é hijo se fijaban en el doctor Miranda, que á su vez respiraba sed de venganza.

Contuviéronse un instante por una y otra parte, hasta que al fin, sin poder disimular ya el odio mútuo que los animaba, exclamaron:

—Vos sois el único culpable.

—Por el contrario, vosotros habeis provocado este conflicto.

En este instante un carruaje se detuvo á la puerta, y una jóven elegantemente vestida entró risueña en el salón.

Era la jóven fugitiva, la que conocíamos por la loca del núm. 16.

—He venido aquí, dijo, para conocer á una jóven con la que, segun dicen, tengo un extraño parecido: la he visto; es una jóven de mérito, que ha tenido la fortuna de

interesarse á un hombre digno de ser amado, noble, inteligente, leal, delicado, que ha tenido la dicha de salvar á la jóven, de cuidarla con la solicitud que cuidan los ángeles á los recién nacidos: este hombre pundonoroso la pretende por esposa, yo misma le animo á insistir en su noble petición, asegurándole que ella, ligada á una familia que queria hacerla instrumento de su ambicion, rechaza tan indigno proyecto, y acepta al que ha sabido devolverle la razon.

Ernestina cesó de hablar, y todos, atónitos, la admiraban; admiraba sobre todo su razon reconquistada, y con ella los encantos de toda su persona.

Su tio y primo, que no há mucho la juzgaban áncora de su esperanza, la consideraban ya emblema de su ruina. Miranda, por el contrario, nuevo Pigmaleon de la ciencia, enamorado como el escultor mitológico de su estatua querida, contemplaba á su Galatea en un éxtasis divino de orgullo y de amor. Ernestina tendió una mano á su tio, como reanudando una amistad próxima á romperse, y otra á Miranda, que la llevó á sus labios con ternura.

Al dia siguiente, Ernestina Vanneau, acompañada de su tio, partió para el Havre, y un mes despues se embarcó para Nueva Granada con su marido.

Los que en los años sucesivos han venido de aquel país á Francia, habitando algunas temporadas en la casa de Salud, afirman que la esposa del doctor Miranda no ha vuelto á experimentar el menor síntoma de locura.

JOAQUINA G. BALMASEDA.

## TEATROS.

Ya ha comenzado la declinacion del año cómico; ya la temperatura de los teatros es por lo regular bastante elevada hasta el punto de ir anunciando el fin no lejano de las funciones. Estos dos motivos alejan un tanto la concurrencia, y entibian el entusiasmo de los autores quienes por lo general buscan distintas circunstancias para la representación de sus obras. Sin embargo de esto, dos se han estrenado recientemente, suscritas por nombres muy autorizados en la república literaria.

Es la primera de ellas una comedia en tres actos y en verso, representada con aplauso en el Circo, á mediados de este mes. Denominase *La Familia*, y es original de D. Tomás Rodríguez Rubí.

No podemos trazar acerca de esta produccion un detenido juicio en que se pongan de manifiesto las bellezas ó lunares que en ella se echen de ver, pero sí nos será dable exponer en conjunto nuestra modesta opinion. Esta, hablando con entera verdad, es menos lisonjera que la que en los primeros momentos ha merecido de la generalidad de las gentes, pero no por eso puede reputarse desfavorable.

*La Familia* reconoce por fundamento un pensamiento, moralizador y digno de alabanza, que el verdadero protagonista expone al concluir la comedia diciendo:

Que todo en orden irá  
si hay orden en la familia.

Sobre la importancia de semejante principio generador no cabe duda alguna: por consiguiente, bajo tal concepto el autor ha acertado como podia desear. Pero ¿ha sucedido lo mismo en cuanto á la preparacion necesaria para llegar al fin enunciado? ¿Es adecuado el desarrollo de tal idea? Aquí no pensamos tan favorablemente.

Bajo el punto de vista de la conveniencia parece que sientan mal á la severidad del asunto ciertas escenas que median entre varios personajes y la criada Teodora, escenas que hacen formar mala idea de la casa en que esto sucede. Bajo el del arte y la escena hallamos imperfecta la trabazon del argumento, puesto que en él se echan de ver pasajes injustificados y pobreza de recursos escénicos.

Sin embargo, debe tenerse en cuenta que son perceptibles estos descuidos porque no es fácil olvidar la larga práctica y el nombre verdaderamente popular del autor. Si se tratara de uno desconocido que comenzara su carrera literaria; si al examinar *La Familia* no fuese dable compararla con ninguna otra composicion debida á la misma pluma; entonces satisfaria de seguro las esperanzas de los exigentes. No ocurriendo ninguna de ambas cosas es imposible que tal suceda.

Lo que queda apuntado no significa que *La Familia* carezca de escenas de mérito que sólo merecen aplauso. Las tiene y bastantes.

Otra faz de la comedia pudiera haber salido más tersa



y limpia de imperfecciones con mayor facilidad; la faz literaria. En este punto hay motivo para pedir al autor mucho aliño y corrección; cualidades que no abundan en la obra, si nuestro imparcial aunque humilde criterio no nos engaña. Tratándose de un escritor de talento reconocido; siendo la comedia á que nos referimos obra de un miembro de la Academia Española; debía aparecer impecable ó poco ménos; debía brillar la versificación limpia de todo ripio, purgada de todo giro vicioso, enriquecida con una rima abundante y selecta. Esto no quita el que haya en ella trozos elegantes y correctos. Por ejemplo, en la última escena dice entre otras cosas D. Santos, protagonista de la comedia, refiriéndose á la protección de Dios:

Tampoco á mí me faltó,  
y en la desventura mía  
tanto mi pobreza honró,  
que al ver que no la tenía  
hasta familia me dió.  
Familia inmensa que ufano  
contemplo con regocijo  
tengo un padre en cada anciano;  
en cada huérfano un hijo;  
y en cada pobre, un hermano.  
Todo mi saber se encierra  
en amar la humanidad,  
en corregir al que yerra:  
mi casa es toda la tierra;  
mi antorcha, la caridad.

La ejecución de *La Familia* ha sido esmerada y discre-

ta, como suele suceder en el coliseo de que hablamos; habiéndose puesto en escena la comedia con propiedad y decoro. Aunque en ella los actores han ocupado bien su puesto, la señora Díez ha sobresalido de entre todos, como se podía esperar.

La empresa del Circo ha demostrado una vez más que no omite esfuerzos para complacer al público, ofreciéndole novedades y ejecutándolas con laudable interés. Podrá buscar su provecho, lo cual es lícito; pero al mismo tiempo demuestra respeto al arte, lo cual no es general hoy día.

En la noche del viernes último se estrenó en el PRINCIPLE un drama en tres actos y en verso, denominado *En brazos de la muerte*, á beneficio del joven actor D. Antonio Zamora.

Esta producción (que es la segunda de las que indicábamos al principio del artículo) es debida al fecundo y laborioso escritor D. Luis Mariano de Larra, el cual procura noblemente sostener y acrecentar su crédito con el trabajo.

Por hoy no podemos estendernos á hablar de la novísima producción del autor de *La oración de la tarde*, pues nos falta espacio y tiempo para realizarlo. Diremos solamente que obtuvo buen éxito y que el autor salió varias veces á las tablas, llamado por el público.—Otra vez entraremos más en materia.

Llegados á esta altura en nuestra revista, no podemos ya hacer observaciones respecto de ningún otro coliseo.

DIEGO DE RIVERA.

## MODAS.

Aunque la sección de Labores sea una de las constitutivas y mas importantes de nuestra publicación, no podríamos consagrarle todos nuestros grabados sin desatender á la de Modas, que no tiene menos aficionadas que aquella entre nuestras constantes suscriptoras.

Para complacer á unas y otras, damos alguna vez grabados de Modas, alternando con los de Labores.

El que repartimos hoy representa un traje de Amazona, de paño de Damas ó merino negro, cuya chaqueta, un poco prolongada, señala ligeramente el talle, sujetándose con corchetes parte del delantero, adornado con tres alamares de seda, de modo que quede descubierto desde la mitad del pecho un chaleco de piqué blanco con botones dorados. Toda la chaqueta va guarnecida de un galon puesto liso, y adornada de pasamanería figurando hojas de trébol. La falda es larga, como todas las de su género, va armada á pliegues, y lleva otra saya interior de la misma tela negra, que puede adornarse en el bajo con un rico bordado.

El cuello alto, y los puños son de Holanda: la corbata de seda azul, y los guantes de cabritilla de color claro.

Completa el traje un sombrero tricorno de fieltro negro, con pluma blanca en sus bordes arrollados.

Para satisfacer los deseos de algunas de nuestras suscriptoras, y por considerarlo de mucha utilidad, damos en

el mismo grabado la plantilla de esta chaqueta, arreglada al sistema métrico decimal, que ya conocen la mayor parte de nuestras lectoras, y que les servirá para trazarla.

La pieza A es el delantero, y lleva dos embebididos, uno de cuatro centímetros debajo del brazo, y otro adelante de tres centímetros, para que quede el talle ligeramente marcado. La pieza B es la espalda, y su corte parecido al de un abrigo, solo que la aldeta es mas corta. La pieza C se redondea un poco en el codo, teniendo la bocamanga once centímetros de ancha.

Tenemos dado en números anteriores el método para sacar por estas plantillas los patrones de tamaño natural, y suponemos no le habrán olvidado las aficionadas á cortar por sí mismas sus trajes.

AURORA PEREZ MIRON.

Por lo no firmado: el Director

y Editor propietario, P. J. de la Peña.

MADRID.—1866.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.